

El Péle-Mêle

POUR TOUS & PAR TOUS

SEMANARIO FESTIVO PARISIENSE

SUBSCRIPCIONES:		
España	1 año	7'50 ptas.
	6 meses	4
Unión postal	1 año	10
	6 meses	5'50

DIRECCIÓN:
PARIS — 7, Rue Cadet, 7 — PARIS

Reservado todo derecho de reproducción & traducción

El pago de las suscripciones puede hacerse en sellos de correo, sobres monederos, libranzas del giro mutuo ó letras de fácil cobro, remitiendo el importe bajo sobre certificado á la Dirección: 7, rue Cadet, Paris.

Administración y Venta de la Edición Española: BARCELONA. Puerta del Angel, 15 y 17, pral.



De qué modo Jumeral, que acaba de perder á su cara mitad, se forja la ilusión de que la difunta le riñe todavía, como en vida, diciéndole: «¿Esta es hora de venir? ¡bandido, sinvergüenza, borrachón...!»

AUTOBIOGRAFÍA

¡Cuántas personas creen útil entregar á sus contemporáneos y á sus sobrevivientes el relato de su existencia! Leed lo que decidió á Josefino Fenouillet á tomar análoga resolución, y vereis que si es cierto que muchas existencias apenas merecen el honor de ser conocidas de la posteridad, la suya, por las grandes peripecias en que abundó, puede tener derecho á pretender aquella honra.

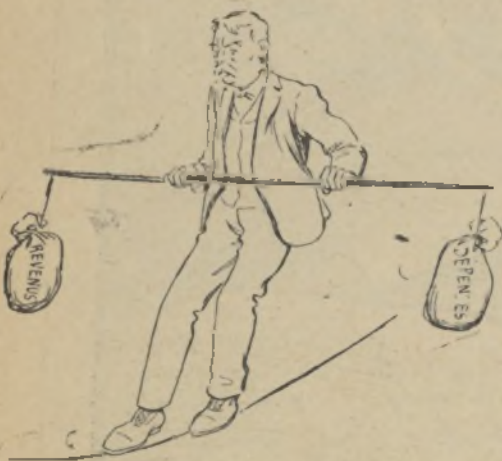
Acerbas y dolorosas fueron las luchas que combatieron el alma de Josefino Fenouillet durante el último año que vivió su fiel compañero Lord.

Lord era el perro de Josefino Fenouillet. Acerca de las cualidades de su carácter, baste decir que era como un término medio de las buenas prendas y de los defectos de su raza.

Respecto á su dueño, poca cosa en verdad podría decirse también.

Viudo diez y ocho años hacía, Josefino, al verse solo, traspasó su tienda de comestibles al por menor y dióse á vivir de una módica renta que subvenía á sus cortas necesidades.

Lord era su único y verdadero amigo. Y no es que Josefino hiciese vida de oso. Muchas veces, en el café de la Comedia, entregábase á su pasión por la matilla en compañía de varios rentistas de menor cuantía como él, con los cuales zarandeaba los naipes al paso que decía pestes del gobierno. Pero aquellos camaradas lo eran sencillamente de aperitivo, y se guardaba de penetrar demasiado en su círculo, temeroso de verse arrastrado á partidas de más empeño, que hubieran sido nefastas para su bolsillo.



necesitaba hacer maravillas de equilibrio

Josefino Fenouillet repartía sus rentas con admirable y minuciosa sagacidad, pues eran aquéllas tan exiguas, que necesitaba hacer maravillas de equilibrio en su presupuesto para llegar con precisión al fin del semestre.

Lo azaroso de los tiempos había forzado, no obstante, á Josefino á sisarse á sí propio más de lo que solía. Sobrevenían circunstancias en las que á veces el hombre no piensa ni remotamente. Y Fenouillet no había imaginado que podía venir un ministro de Hacienda que introdujese dificultades en el rendimiento de sus cupones, reduciéndole á un tres no muy cabal lo que antes producía un tres y medio por ciento limpio. Desde ese día fatal, el extendero, después de un sinnúmero de reglas de tres más ó menos simples ó compuestas, se encontró con que las cifras le revelaron con muda elocuencia que había de ser más exacto que ellas en sus gastos y reducir sus necesidades á lo estrictamente indispensable. Así debía

vigilar continuamente que las suelas de sus zapatos no se agujereasen antes de la época requerida y que sus trajes tirasen el número de meses ó de años previsto.

Entre sus necesidades imprescindibles Josefino contaba, sin embargo, ciertos hábitos inveterados, más imperiosos para él que la decente conservación de su indumentaria, ó la pensión que pagaba en la fonda por la comida. El café, que tomaba por la tarde, era rosa cuya privación le hubiera acarreado sin duda á deshora la muerte, y en cuanto al ajeno con jarabe de goma que invariablemente tomaba á las seis para prepararse á una buena cena, suprimirlo y suicidarse hubiera sido todo uno.



se le olvidó de darle el tradicional terroncito de azúcar al pobre Lord.

Sabido esto, considérese cuáles fueron las angustias que atormentaron el alma de Josefino cuando un inicuo y monstruoso impuesto hubo de restar veintisiete céntimos de los tres francos que diariamente le rentaban los cupones de una compañía de ferrocarriles, y una obligación sola de la Villa de París.

¡Qué arduas combinaciones hubieron de ser las suyas á fin de parar aquel nuevo y tremendo golpe!

Revolviendo amargamente la copa de agua con ron, que tomaba después del café, Fenouillet buscaba, sin hallarla, solución á aquel problema inextricable, y tanto hubo de absorberle aquel día, que hasta se le olvidó de darle el tradicional terroncito de azúcar al pobre Lord, sentado al lado suyo en el banquillo del café.

Luego, al entrar en su casa, mientras su compañero le precedía tristemente un par de pasos, anonadado por aquella inesperada falta de atención, á Josefino se le acudieron pensamientos casi criminales, como á veces suele sugerirlos una situación en extremo apurada.

Aquel perro, ¡cuántos sacrificios le costaba al año! Verdad que era un compañero fiel, cariñoso, adicto, pero ¡cuán oneroso también!

Diez francos anuales tenía que desembolsar ya por contribución, y luego Lord había conservado también sus gastos, que remontaban á algunos céntimos diarios con cargo al capítulo de egresos.



...ideas, de las cuales él mismo se asustaba,

En honor de Fenouillet debe decirse que no se le ocurrió disminuir los gastos del can; como tampoco imaginó privarse él de su cotidiano aperitivo.

Pero, en fin, ¿cómo habían de conciliarse tales extremos?

Nadie sabe de qué manera pudo todavía Josefino resolver aquel nuevo y tremendo problema; pero es el caso que Lord no hubo de padecer por concepto alguno, si bien á veces el pobre hombre trataba en vano de alejar de su espíritu mil negras ideas que continuamente le asediaban.

¡Ah, ese aperitivo! Es positivo que, suprimiéndolo, la comodidad, el bienestar volverían de nuevo á su casa y cesaría el desbarajuste; pero ¿cómo pensar en semejante privación!

¡Acaso no le sucedió el otro día una cosa extraña, no hubo de sentir roídas por la envidia las entrañas, al observar al gordinflón de Bernal, extabernero de su barrio y como él acreedor del Estado, tomándose una segunda copa de ajeno? Ese sí que era un hombre feliz en toda la extensión de la palabra, pues viudo como él y con más dinero, podía dejar, como en otros días Josefino, que el aperitivo se evaporase en rosadas nubes en su cerebro. ¡Ah si le salía premiada alguna obligación, cuántos sueños realizaría entonces y qué porvenir más risueño no le esperaba á él y á Lord!

¡Poco sabía éste las horribles luchas que sostenía su amo para conservarle su bienestar!

¡Estaba tan viejo ya el pobre animal! ¡Quién hubiera tenido valor para entristecer sus últimos días sometiéndolo á un régimen distinto!

La idea de esa decrepitud inundaba de repente el cerebro de Josefino con otras ideas, de las cuales él mismo se asustaba, tan odiosas le parecían.

¿Y si se muriese pronto? ¡Pero qué triste suceso!... Sin embargo renacería el bienestar... No más estirajones ni cálculos malditos para sostener aquel andamiaje inseguro de su miserable presupuesto.



no encontró ya más que el cadáver de su adicto compañero.

Es claro que si muriese...! Josefino esforzabase en desechar aquel pensamiento que le obsesionaba y que consideraba como un deseo impío. Y no obstante, cada día comprendía más que Lord no era para él más que uno de esos seres queridos, pero estorhadores, de los cuales hipócritamente se dice: «Mejor le valiera morir, pues sería más dichoso».

Y de hecho, Lord decaía á ojos vistas, y á medida que se dejaban sentir las cercanías de su fin, su amo, para persuadirse á sí mismo que nada deseaba tanto como que viviese el mayor tiempo posible su fiel compañero, lo rodeaba de cuidados y de solitudes.

En esto recibió Josefino una noticia inesperada. El banquero que le negociaba los cupones le participó que el único que poseía de la Villa de París había sacado un premio. ¡Oh, no creáis que de cien mil ni de

doscientos mil francos — ¡tan inesperada fortuna hubiera sido capaz de enloquecerle! — sino sencillamente cinco mil francos lindísimos y seductores.

Josefíno entró en su casa radiante de esperanza y de alegría. Aquello era el encanto, el goce, el sueño realizado de su vejez. Pero, de pronto, surcó una arruga su frente. ¡Ah, si Lord pudiese vivir diez o doce años todavía! ¡Iba á marcharse ahora el pobre viejecito, cuando volvían con la fortuna las comodidades á la casa!

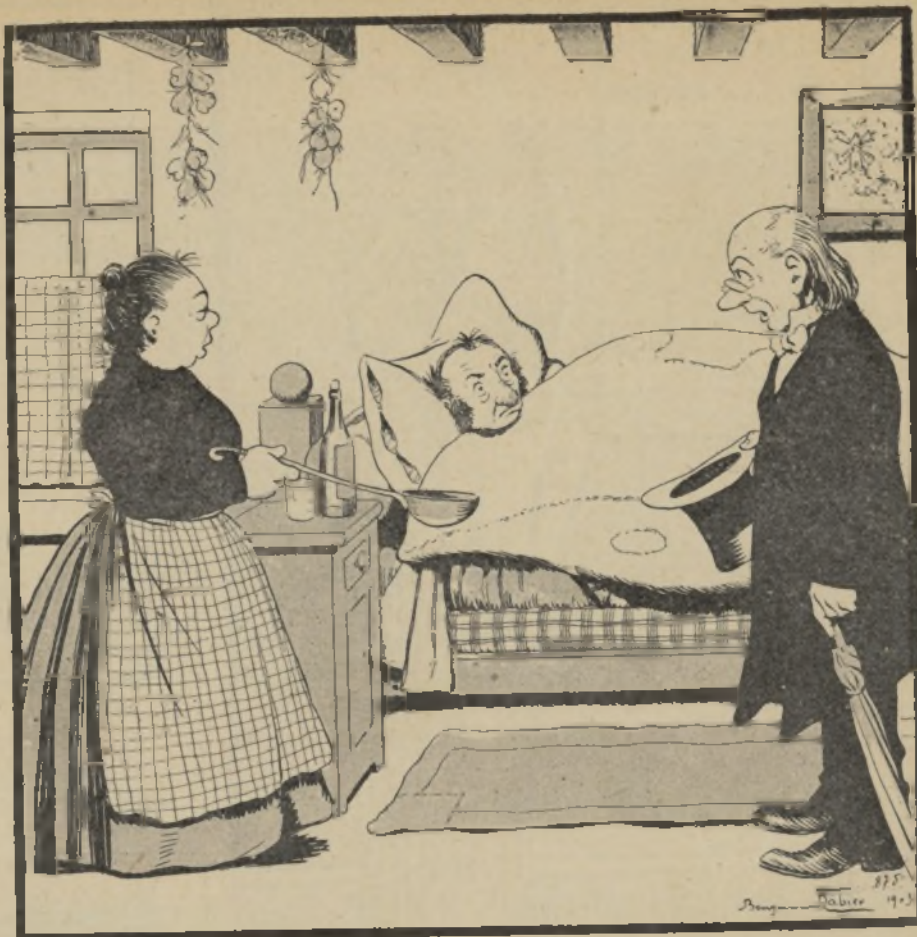
Por desdicha, Josefíno no encontró ya más que el cadáver de su adicto compañero. Su desesperación fué esta vez tanto más viva, porque le asaltó el remordimiento de su ingratitud para con el fiel amigo cuyo fin entreveían sus criminales pensamientos como un libramiento de irremediables males.

Para ahogar su pena y la amargura de su corazón, la noche misma Fenouillet volvió á jugar, después de mucho tiempo de no hacerlo, su primera partida de malilla, y salió del café fuera de sí, trastornado hasta el fondo de su ser, agitado por emociones desconocidas. El insomnio lo tuvo desvelado toda la noche.

Tantos acontecimientos sucediéndose rápidamente, sus pasadas angustias, la enfermedad de Lord, la lucha incesante, marilileando en su cráneo, su fortuna súbitamente esplendorosa, la muerte de su perro, aquel primer paso dado en la existencia vertiginosa del jugador... todo un mundo de profundas sensaciones se ofrecía de pronto á su mente enardecida.

Su primer cuidado, así que se levanto, fué ir en busca de un libro de asiento voluminoso, y en la primera inmaculada página, con febril y agitada mano, Josefíno Fenouillet empezó á escribir sus Memorias.

FLCOP.



EL DOCTOR. — ¡Cómo! ¿se ha tomado ya toda la medicina?

SUSANA. — ¿No me ha dicho usted que le diese una cucharada, de las de sopa, cada cuarto de hora?

Un sujeto, que habitualmente está borracho, comparece ante el juez por haber apaleado á su mujer.

— ¡Cómo! — exclama el juez. — ¿Otra vez aquí?

— Sí, señor. En bebiendo una copita de más, ¿ya sabe usted lo que pasa.

Entre amigos:

— Habría podido casarme con la condesa de B..., si no se hubiese opuesto á ello toda la familia en masa.

— Pero... ¿y la condesa?

— ¿No ves que también forma parte de la familia?



— Mira qué linda pulsera acaba de regalarme mi novio.

— Entre nosotras, te diré que me gusta más el presente que el futuro.

— ¿Conque su hija de usted no me quiere por marido?

— No, señor. Dice que es usted muy viejo para ella.

— ¡Qué fatua es la niña!

— ¿Por qué?

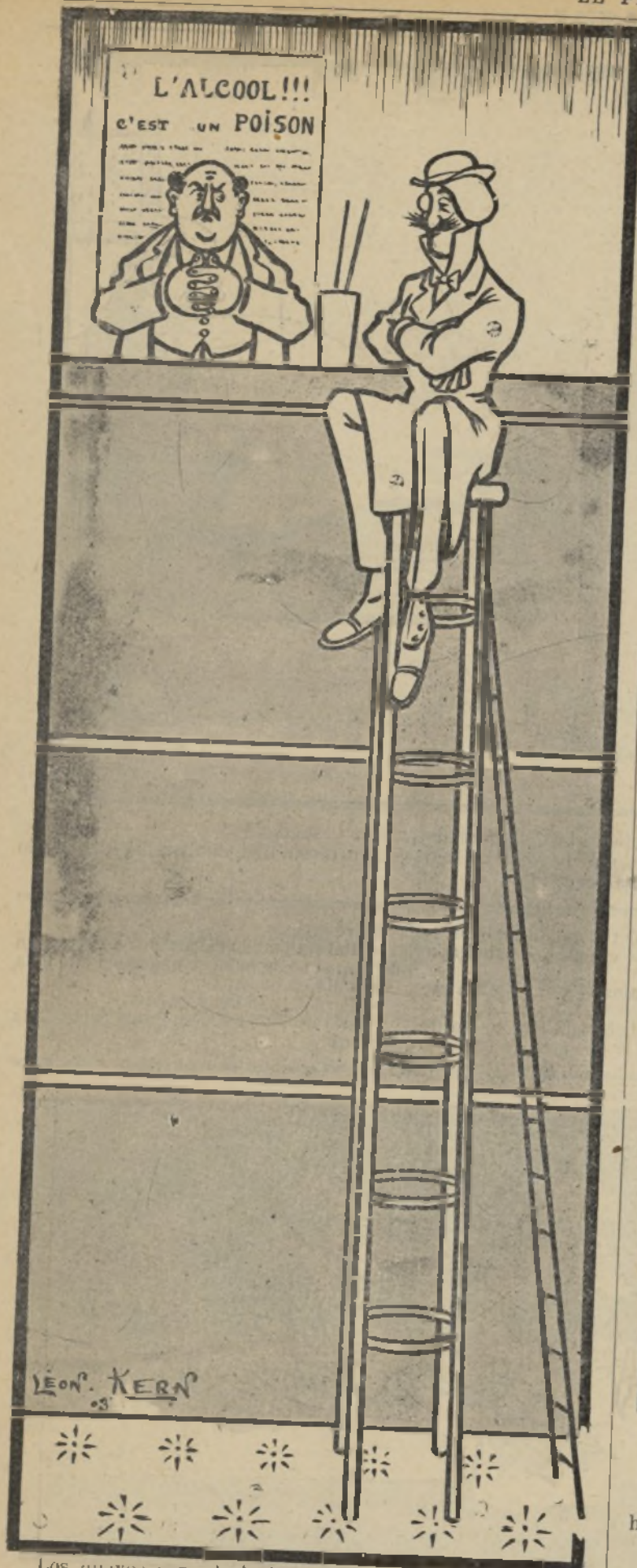
— Porque no es verdad que yo sea viejo para ella... Lo soy para todo el mundo.

Labrador de capa negra, poco medra.



En un restaurán

— ¿Ves? Hay niños de tu edad cuyos padres tienen toda la dentadura. ¡Cuánto quisieran verse ellos en tu lugar cuando comemos alcachofas!



Los nuevos dars de la liga antialcononca, desunados a inspirar a los consumidores un saludable terror del más ínfimo atolondramiento, que sería fatal a su equilibrio moral tanto como al físico.



— ¡Qué chico más enclenque tiene usted, tío Juan!
— Verdad que sí; nadie diría al verles que él y este cerdo son de la misma edad.



Siniestro presagio

— ¿Sabe usted, don Celedonio, que pronto no podremos hablar de política?
— ¡Ah! ¿por qué?
— Porque como le clarean tanto a usted los cabellos, llegará fatalmente una época en que no nos quedará tiempo de comentar una mala sesión del Congreso durante el rato que empleo en servirle.

La mejor, la razón del más fuerte



GAVILÁN. — Oiga usted, joven. Acabo de perder ahora mismo en este bosque mi portamonedas, y estoy seguro que usted se lo ha encontrado.

PALOMINO. — ¿Yo? ¿cómo puede usted pensar?...



GAVILÁN. — No es que lo piense, joven; he dicho que estoy seguro de que lo tiene usted. Y si no, á ver... Saque usted ese portamonedas del bolsillo, y verá cómo es exactamente parecido al mío.

PALOMINO. — ¿Cómo puede usted saberlo si no lo ha visto?



GAVILÁN. — ¡No decía yo! Esto es... piel de cocodrilo... como el mío... cantos dorados... como el mío... cierre de bolas... como el mío... exacto, exacto. Esta es la primera prueba; pero no acaba aquí todo... Veamos ahora lo que hay dentro...



GAVILÁN (contando). — Veinte, cuarenta, sesenta... setenta y cinco pesetas treinta y cinco céntimos, justo y cabal... esto contenía mi portamonedas... No hay duda, caballero, y esta prueba basta ya... Este es el portamonedas que he perdido.



GAVILÁN. — ¡Ya estaba yo seguro de no equivocarme! Y sépalo usted, joven; yo no soy de aquellos que afirman una cosa sin poder probarla.



GAVILÁN. — Por esta vez, le dispense; pero en adelante, procure usted ser más delicado devolviendo al prójimo lo que le pertenece, ¿estamos? ¡La honradez... tenga usted siempre presente la honradez! Conque... ¡hasta más ver!

Un individuo muy feo, que se las echa de guapo, decía en una tertulia:

— Mi madre fué una de las mujeres más hermosas de su tiempo.

— Entonces — exclamó una señora — el feo era su padre de usted.

Los niños terribles.

Una solterona, que tiene empeño en parecer joven, pregunta á Juanito, niño de cinco años:

— ¿Serías capaz de adivinar cuántos años tengo?

— No, señora.

— ¿Por qué?

— Porque no sé contar más que hasta cincuenta.

En un tribunal:

— Los vicios son los que han traído á usted á ese banco.

— No, señor presidente; me han traído los agentes.

Entre madre é hija:

— Dime, hija mfa, ¿cuál es el animal humilde é insignificante, en apariencia, gracias á cuyo trabajo puedo llevar este vestido de seda?

La niña con aire de triunfo:

— ¡Papá!...

Resfriándole á un caballero que uno decía mal de él delante de todos, respondió:

— Más quiero que lo diga uno delante de todos, que todos delante de uno.

Un cortesano estaba en los últimos momentos de su vida.

Erase un hombre abrumado de deudas, que había observado una conducta bastante libre.

— La única gracia que pido á Dios — decía á su confesor — es la de que prolongue mi vida hasta que haya pagado á mis acreedores.

— Tan justo es el motivo, hijo mío, que debe esperarse que Dios acceda á la súplica.

— ¡Ay, padre! Si Dios hiciese eso, ya estaba seguro de no morir nunca.

— ¿Cómo está tu suegra? Me han dicho que está gravemente enferma.

— Está mucho mejor, pero aun no se ha perdido toda esperanza.



¡Soberbio golpe... si la liebre hubiese estado donde el perro!

— Señor conde, me han dicho que pertenece usted á la más antigua y preclara nobleza.

El conde hace un gesto afirmativo.

— Pues bien; yo vengo á pedir á usted que me preste cincuenta duros.

— Pero yo no le conozco á usted.

— Es verdad, pero he venido confiado en aquel dicho célebre: «Nobleza obliga.»

Entre amigas:

— Lo que es yo, no quiero casarme más que con un imbécil, para hacer mi santa voluntad.

— Puedes estar tranquila. El que se case contigo lo será indudablemente.

Más vale morir con honra, que vivir con deshonra.

La baronesa y la condesa hablan de asuntos de carácter íntimo:

— ¿Pero es cierto lo que me han dicho, condesa?

— ¿Qué?

— Que se casa usted con un empleadillo sin nombre.

— ¡Qué quiere usted, amiga mía! Preferiré un hombre sin nombre, á un nombre sin hombre.

La criada de un tabernero decía á un dependiente de una tienda de ultramarinos:

— Dice mi amo que siempre que vengo á comprar algo aquí, me lo dan falto de peso.

— Y el mío asegura — la contestó el dependiente — que siempre que bebe algo en tu taberna se lo dan falto de vino.

Un poeta indignado, á una señora:

— En contestación á la poesía que le he dedicado y remitido, me manda usted un rizo de pelo. Pero he averiguado que no procede de su cabeza.

— Tiene usted razón; pero tampoco la poesía procede de la de usted.

— ¿Sabes, Catalina, que el pavo que has traído está muy flaco, y no vale cosa para presentarlo á mis convidados?

— Pierda usted cuidado, señorita; cuando este relleno, verá usted cómo hace efecto. Le sucederá lo mismo que á usted. Cuando se levanta usted parece una sardina; pero después de rellena, engaña usted á cualquiera.

No es de ahora, el mal que no mejora.

La vida de cuartel



— Señores, observo que los kepis están en mal estado; escoja cada uno de ustedes, en su pelotón, los ocho peores, y mándenlos cambiar.



EL TENIENTE DEL PRIMER PELOTÓN. — Dejad ahí, en ese rincón á izquierda, los kepis. Sargento, mande usted que se cambien en seguida.

— Está bien, mi teniente.

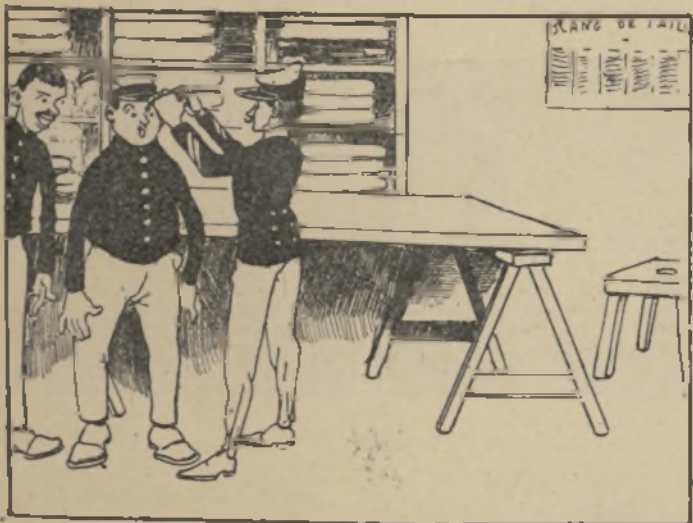


EL TENIENTE DEL SEGUNDO PELOTÓN. — A ver, dejad ahí á la derecha esos kepis. Sargento, será preciso cambiárselos.

— Está bien, mi teniente.



EL SARGENTO. — ¿Sois vosotros los ocho del primer pelotón que habéis dejado los kepis en el rincón de izquierda? Está bien; pues tomad los de la derecha. No está mal; ahora el último, llame á los hombres del segundo pelotón.



EL SARGENTO. — ¿Vosotros sois los del segundo pelotón? Muy bien; habéis dejado los kepis viejos aquí, á la derecha; pues tomad aquellos de la izquierda. ¡Perfectamente! ¡marchen!



EL CAPITÁN. — ¿Cómo es eso? ¿Por qué lleva este hombre un kepi tan aplastado?

— ¡Pero si precisamente á éste se lo han cambiado hoy mismo!

— ¿Y lo ha estropeado así ya? ¡Cuatro días de calabozo!

Viaje á la playa (Historia contada por Angelín)



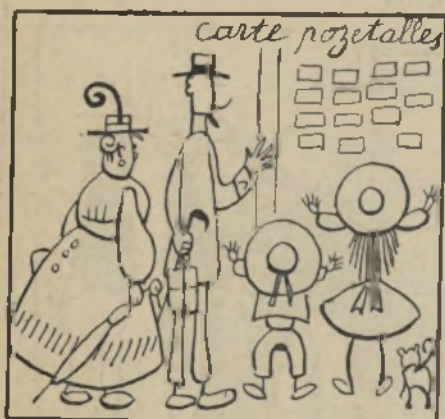
— Papá nos dijo el otro día: «Quiero que veáis el mar; hay billetes de ida y vuelta á ocho pesetas, y podremos pasar un par de horas á orillas del agua.» Y tomamos el tren de recreo, alegres como unas pascuas.



— Pero al bajar del tren, vimos un puesto de venta de tarjetas postales. Lo menos había ciento, y muy bonitas todas. Entramos á escoger muchas, muchas, y papá decía: «Eso os recordará vuestras impresiones...»



— Pero algo más lejos encontramos otro puesto donde vendían también postales. Entramos, para hacer otra colección. Y papá nos repetía: «Esto os recordará vuestras impresiones...»



— Y luego, un poco más lejos, vimos más tarjetas postales, muchas, muchas, muy rebonitas, con el puerto, y la playa, y el agua... Las compramos todas, diciendo: «Esto nos recordará la sensación que experimentamos al ver el mar»



— Pero, de pronto, papá, lanzó un reniego, exclamando: «¡Voto á...! ¡Si son las cinco! Apenas si nos queda tiempo para tomar el tren!»



— Compramos por valor de trescientas pesetas de tarjetas postales, muy bonitas; pero nos quedamos sin ver una sola gota de agua del mar. Esto sí que nos hizo impresión, y regresamos todos llorando á moco tendido.

Del empleo del jabón en el regimiento



— ¿Y tu jabón? ¿dónde está tu jabón? Enséñame tu jabón.
— Mi capitán... es que...



— ¿Qué, á ver? ¿Te lo has tragado?... ¿qué dices? ¿lo has tocado, sí ó no?
— ¡Oh sí, mi capitán!... tocarlo... sí; es decir, lo he usado, mi capitán...

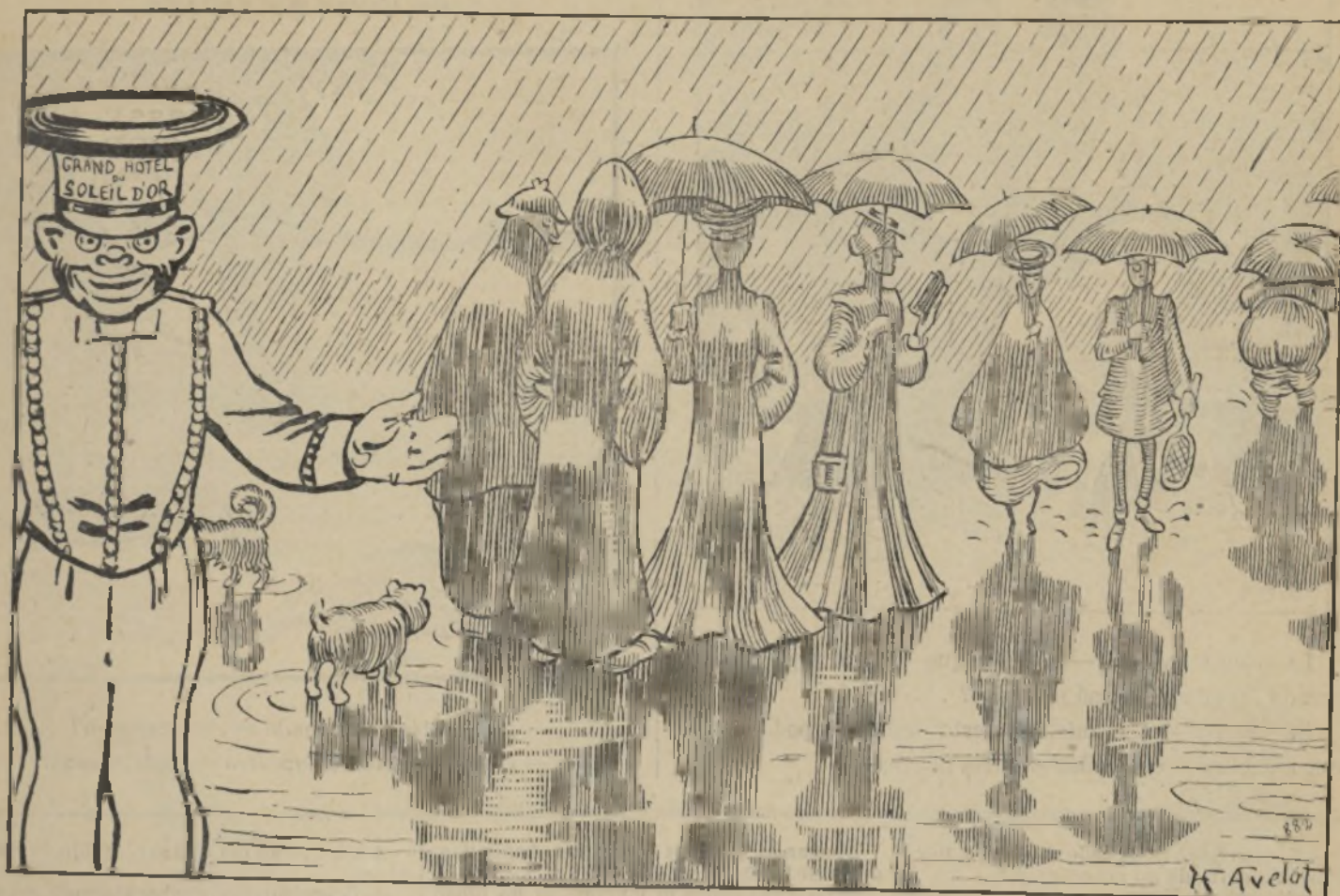


— ¿Lo has usado? ¿Y quién te ha dado permiso?...
— Nadie, mi capitán... es que yo creí... que era para lavarme...



— ¿Cómo... cómo? ¿Conque tú creíste que el jabón que se te daba era para lavarte? ¡Bravo! Ya te meteré yo dos días en chirona, ¿oyes?... para que no se te olvide que el jabón que te dan es para enseñarlo en las revistas de inspección.

En el Gran Hotel del Sol de Oro (Recuerdos veraniegos)



— ¡Habrá infelices! ¿Dicen que este año la estación ha sido poco brillante? ¡Nunca había relucido tanto!

LETRILLA

Mi venganza se apareja;
Presto la verás, Menguilla,
«Pues que dicen en la villa
Que te vas á Villavieja.»
Son tus mejillas de grana,
A fuerza de mil martirios,
Tus labios rosas y lirtos
Cogidos por la mañana;
Tu piel se ha vuelto pelleja,
Y tu color amarilla:
«Pues que dicen en la villa
Que te vas á Villavieja.»
Andarás en cualquier parte
Dando á las mozas consejo,
Y miraráste al espejo
Segura de enamorarte;
Que albarda se te apareja
Para en dejando la silla:
«Pues que dicen en la villa
Que te vas á Villavieja.»
Tus ojos y cejas bellas
No son del cielo despojos,
Antes parecen tus ojos
Más estrellados que estrellas;
La vana arrogancia deja
Y el cuello soberbio humilla:
«Pues que dicen en la villa
Que te vas á Villavieja.»

Los cortesanos de Filipo, padre de Alejandro Magno, le aconsejaban que desterrase á uno que hablaba mal de su persona, y el les replicó:

— ¿Para qué? ¿Para que vaya maldiciendo por todas partes?

Siluetas de Ultra-Mancha



El Mayor Bluncake y su hijo.



Los mismos, vistos de frente.



LA RECIÉN CASADA. — ¿Verdad que estabas algo cortado cuando le pediste á papá mi mano?

EL MARIDO. — A fe mía, es cierto; temía no poder pagar cien mil francos de deudas si me la negaba.

— Nada, nada; lo he reflexionado, y perdono la muerte de mi pobre mujer.
— ¡Hombre! ¡No sabía nada de eso!... ¡Me sorprendes! ¿Y cómo ha sido? ¿Quién la ha matado?
— No te alarmes, que está sana y buena. Quiero decir, que desde ahora perdono á quien me la quite de delante.

En la calle:
Un caballero compra un periódico á un muchacho, y le entrega una peseta.
— No tengo suelto, señorito — dice el muchacho; — mañana me dará usted los cinco céntimos.

— ¿Y si de aquí á mañana me muero?
— No se perderá gran cosa.

Pariente de rico, busca que comas.

Abogando por los derechos femeniles, decía una señora:

— ¿Dónde estaría el hombre, si no fuese por la mujer?

— Yo lo sé — contesta uno.

— ¿Dónde?

— En el Paraíso.

De la miseria retrato
El pordiosero Torcuato
Anda descalzo, y lo grave
Es que, según dice, sabe
Dónde le aprieta el zapato.

Carlos Cano.

— ¿No le da á usted vergüenza — le decían á Piave — dormir doce horas todos los días?

— No les c'o que á ustedes eso. Es que yo duermo muy despacio.

La ocurrencia del cazador furtivo después de cazar en vedado



— ¿Qué estás escribiendo en este cartelón?

— ¡Pues no lo lees! Cazadero privado de caza.

A uno que se iba á casar, le dijo su mejor amigo:

— Debería daros la enhorabuena á los dos; pero como no conozco á la novia, no te puedo felicitar á ti; y como á ti te conozco demasiado, no puedo felicitar á la novia.

Gedeón va á batirse y no puede ocultar sus temores.

— ¡Valor! — le dice uno de los padrinos.

— Las condiciones son iguales.

— No, señor, no lo son; yo tengo mucho más miedo que mi adversario.

— Voy á dar á usted una prueba de confianza, don Blas.

— ¿Cómo? — Pidiéndole un duro.

— ¿Y á eso le llama usted «darse»?

E. Guillar Clari.



EL COCINERO. — ¿Esto es todo lo que habéis hallado? Id á buscar lo que falta para hacerlo á la vinagreta.



EL COMISIONISTA. — Espero que me concederéis preferencia para proporcionaros lo necesario. Soy representante de la casa Dulzácido; ahí tenéis una muestra, que os probará la excelencia de nuestros productos.

pués



El sastre de don Justino ha mandado construir un maniquí de las dimensiones exactas de su cliente...



...Pero sin decirle que se le podía hinchar neumáticamente...



...De modo que cuando se le dice a don Justino que engorda:

— No lo crea usted — responde; — treinta años hace que me sirvo del mismo maniquí.

El emperador Augusto César acostumbraba premiar generosamente a los buenos poetas que le dedican versos; pero entonces, como ahora, había un número tan desmesurado de poetas y fabricantes de dísticos á escoplo, que no era posible ni justo premiar ni ser generoso con todos.

Sin embargo, uno de los poetas más fecundos, más tenaces y más desgraciados en los donativos en metálico, todos los días le presentaba una oda, esperando comer con ella, y todos los días se quedaba en ayunas. Tantas llegó á presentar, que Augusto pensó en la necesidad de libertarse de aquel importuno, y al efecto, un día que por centésima vez le llevó éste unos adónicos, Augusto sacó otros versos que él mismo había compuesto, y se los dió, como si le pagase en la misma moneda.

Los espectadores, comprendiendo la acción, se sonrieron maliciosamente, mirando al poeta con sorna y esperando gozarse en su vergüenza.

Pero el poeta no la conocía; antes por el contrario, cogió los versos con mucho desembarazo, los leyó con buena y segura entonación, los aplaudió, dió gracias á Augusto, y luego, sacando una pequeña moneda de cobre, le dijo:

— Señor, tomad y perdonad. Corta es mi ofrenda y no corresponde ni al mérito de los versos que me habéis dedicado, ni á la grandeza y majestad de su autor; pero tal cual es, admitidla como tributo de quien os da cuanto tiene.

A una salida tan inesperada, los concurrentes no pudieron contener la risa, y Augusto quedó tan complacido del desembarazo del pobre poeta, que mandó que se le entregara una crecida suma.

Un desdichado, que no tiene sobre qué caerse muerto, recurre á un ex-amigo suyo, perfecto egoísta, y le dice con voz lastimera:

— Estoy desesperado, amigo mío; la miseria llama á mi puerta.

El egoísta:

— Pues te aconsejo que no abras.

Pasatiempos

(Las soluciones en el número próximo.)

CHARADA

Mi primera dos nos da,
La segunda nos da diez;
Y mi todo una docena
Verás que leyendo es.

ENIGMA

En Francia suelo nacer,
Y en España soy vendido;
Mi propio oficio es prender;
Sirvo al hombre y la mujer;
Y si suelto, soy perdido.

ADIVINANZA

¿Quién será la desvelada,
Lo puedes tú discurrir,
De día y noche acostada,
Sin poder nunca dormir?

Soluciones

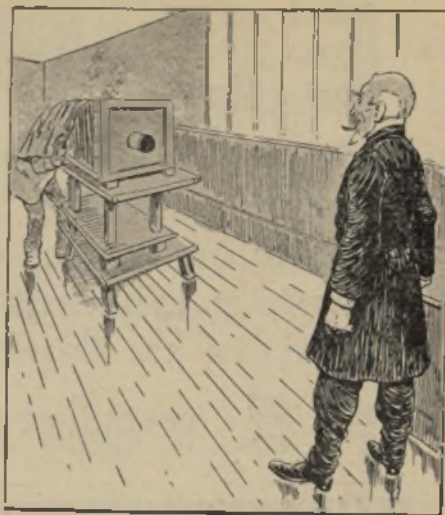
A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO ANTERIOR

CHARADA. — Espejo.

ADIVINANZA. — Noveno.

ENIGMA. — Tijeras.

Imprenta de Henrich y C.ª en cta. — Barcelona



EL FOTÓGRAFO. — Ese pie lo adelanta usted demasiado. Retire un poco la perna izquierda.



— ¿Está bien así?



— ¿Me quiere usted explicar por qué era sordo-mudo anoche, cuando le di aquellos diez céntimos?

— Con mucho gusto, caballero. Tenía en'erno á mi perro; entonces, para poder entrar en mi casa, me convenía ser más bien sordo-mudo que ciego.

EL PÊLE-MÊLE

Será la Revista más agradable, más divertida y el mejor pasatiempo para las familias.

De la edición francesa de este periódico se venden 220,000 ejemplares y tenemos la seguridad de que este mismo éxito ha de alcanzar en España.

¡¡ A reirse por 15 céntimos !!

SAVON au LAIT de VIOLETTES naturelles Société Hygiénique
Paris, 55, Rue de Rivoli.

No emplééis
sino las **PLACAS**
y **PAPELES** **JOUGLA**

De venta en esta Administración y principales librerías.

LA COCINA UNIVERSAL

ARREGLO DE LA OBRA FRANCESA DE

Edmundo Richardin L'ART DU BIEN MANGER.

Fórmulas inéditas de los Grandes Restaurantes parisienses y maestros Cocineros franceses.

1400 Recetas prácticas y fáciles para preparar en casa toda clase de platos.

Grabados indicando los trozos y clases de carnes de matadero y modo de arreglar las aves y caza para el asado.

Indicaciones para el servicio de los vinos.

80 Sopas distintas.

80 Salsas distintas.

50 maneras de guisar pollos.

50 maneras de guisar bacalao.

100 maneras de guisar huevos.

50 maneras de guisar patatas.

Etc., etc., etc.

RECETAS DE LAS COCINAS:

Inglésa, Alemana, Rusa, Italiana, Americana y Española por A. Blanco Prieto

Un volumen en 8.º mayor, de unas 500 páginas.

En rústica: 3 ptas. — En tela: 3'50 ptas.

BIBLIOTECA

de

Novelistas del Siglo XX

En esta Biblioteca se publican sucesivamente novelas de insignes literatos españoles, editadas con mucho esmero.

Miguel de Unamuno, *Amor y Pedagogía.*

J. Martínez Ruiz, *La Voluntad.*

Antonio Zozaya, *La Dictadora.*

Timoteo Orbe, *Guzmán el Malo.*

Dionisio Pérez, *La Juncalera.*

Rafael Altamira, *Reposo.*

Pío Baroja, *El Mayorazgo de Labraz.*

Emilio Bobadilla (Fray Cándil), *A fuego lento.*

José del Cacho, *Heces y Espumas.*

Ernesto López (Claudio Frollo), *Esos.*

Arturo Campión, *La Bella Esos.*

Luis López Allué, *La Eramada.*

Ramiro de Mastru, *La Mejor fuerte.*

De venta en las principales librerías de España y América.

PARA LOS PEDIDOS:

HENRICH Y C.ª, Editores
BARCELONA

CASA PARA VENDER

De bajos y un piso, para una familia, sita en buena calle de

San Andrés de Palomar — Barcelona

Valor: 5000 pesetas.

DARÁN RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Puerta del Angel, 15 y 17, pral.

MÁQUINAS COSEF

DE TODOS SISTEMAS.—ESPECIALIDAD EN

LAS DE BORDAR Y HACER MEDIAS

Verdaguer y Rambla, Jaime I, n.º
BARCELONA

LOS MESES

Texto de los Sres. Alarcón, Camproamor, Cenovas del Castillo, Castelar, Echegaray, Ferrán, Mañé y Flaquer, Núñez de Arce, Palacio, Pereda, Pérez Galdós, Trueba y Valera.

ILUSTRACIÓN de los Sres. Benlliure, Domínguez, Ferrant, Galofre, Martínez Cubells, Más y Fontdevila, Mestres, Moreno Carbonero, Pellicer, Plasencia, Riquer, Villegas y Villodas.

NUEVA EDICIÓN MONUMENTAL EN PAPEL VITELA

Precio del ejemplar, 80 ptas.

Por suscripción, 5 pts. cuaderno.

Henrich y C.ª, editores. — Barcelona

EL ECO DE LA MODA

es la Revista de Modas más conocida en España.

Número semanal con Patrón cortado en tamaño natural

Suscripción: 6 meses, 4 ptas.; 1 año, 7'50 ptas.

Administración: Puerta del Angel, 15 y 17, pral. — BARCELONA